

Mirar, observar, ver, pensar, inventar, crear

Luis Moreno Mansilla

La casa de César Ruiz Larrea en la Isla de Hierro fondea sobre una planta de situación minuciosamente dibujada y coloreada, en la que se retratan con precisión y sensibilidad los accidentes del terreno. Esto puede parecer, por usual, indiferente, pero en realidad no lo es tanto. Pues desde que Zola definiera el arte como un rincón de la naturaleza visto a través de un temperamento, la forma de dibujar comienza a ser también la forma de ver e, inevitablemente, ésta se convierte en la senda del pensamiento.

Los dibujos, así, trascienden su ser físico y hablan sobre sus intenciones, desvelando parte del carácter que impregna la obra.

La planta aparece dibujada con un lápiz que recorre con sensibilidad piedras y curvas, delicadamente en un cúmulo de cantos, marcando con seguridad el trazo grueso de las rocas volcánicas, el color perfilando con sus matices los materiales. Pero, dentro de su realismo, el ensimismamiento con que se dibuja no renuncia a la autonomía de la propia obra y la operación intelectual que significa dibujar en planta, *desde el aire*, se ve reforzada por el aspecto abstracto que, ausente de escala, el trabajo adquiere.

Una representación realista de la naturaleza se convierte así, al tiempo, en plano abstracto y es esta coexistencia entre naturaleza y abstracción que el dibujo delata aquello que constituye, en fin, la esencia de la propia casa.

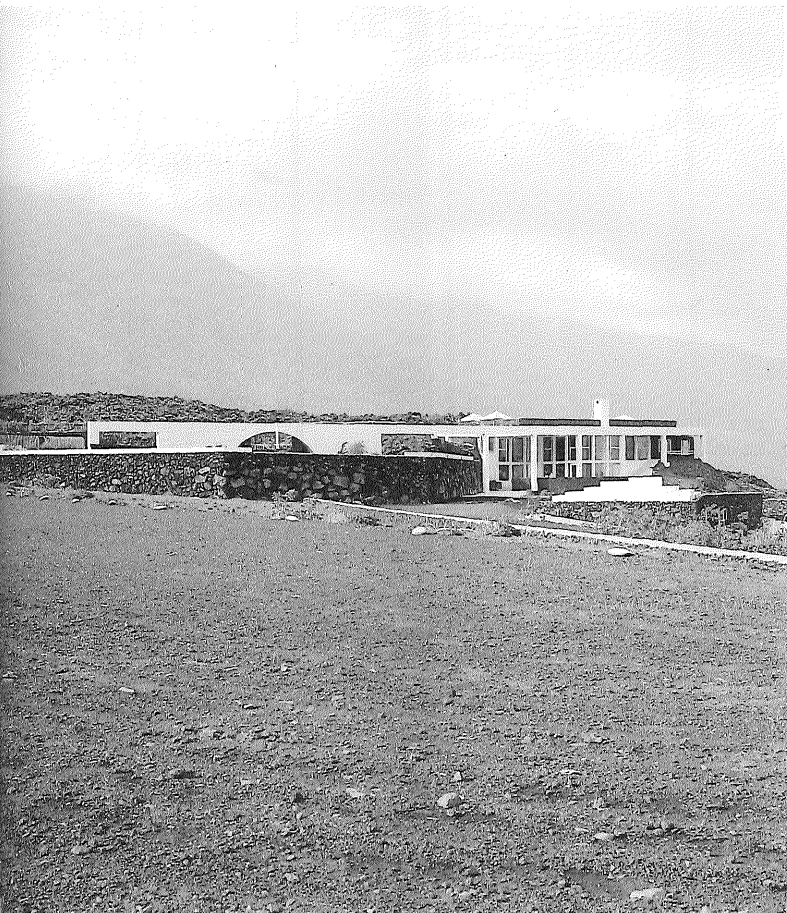
La órbita excéntrica que literariamente perfilara Hölderlin en su Hiperión, desde la mera organización natural hasta la cultura más o menos consumada, bien pudiera ser el motivo de la reflexión material que César Ruiz Larrea aquí nos propone, cuando los espacios de la casa recorren desde la cercanía con la piedra volcánica, ausente de forma y geometría y por tanto de pensamiento, hasta la abstracta losa reticular, matemática pura que casi no se apoya en el suelo; desde partes de la vivienda cuidadosamente excavadas en la roca, abrigadas por ese calor volcánico, en recuerdo de la caverna primera, hasta sofisticados muros horadados que se elevan contra el viento, para enmarcar el paisaje; desde un habitar la naturaleza, encontrada casi al tacto, hasta una *apropiación estética* de la misma, más propia de una cultura de la distancia.

**To look, observe, see,
think, invent, create**

César Ruiz Larrea's house in Isla de Hierro anchors on a location plane minutely drafted and colored, where the land accidents are pictured with precision and sensitivity. This might seem indifferent, because it is usual, however it is not really so usual. Ever since Zola defined art as a corner of Nature seen through a temperament, the way to draw is also beginning to be a way to see and, inevitably, this latter becomes thought's path.

Thus, drawings transcend their physical being and speak of their intentions, revealing portions of the character imbibing the work.

The plane appears drafted with a pencil which with sensibility on stones and curves, delicately on a heap of edges, surely marking with a thick line the volcanic rocks, color outlining with its hues the materials. Yet, within its realism, the engrossing deep thought in which drawing takes place does not renounce the own work autonomy and the intellectual operation which drawing on plane represents *from the air* becomes reinforced by the abstract look which, lacking in scale, the work takes.



Naturaleza y artefacto dialogan así desde sus extremos, encontrando en su coexistencia la fuerza de ambos, alojándose la dialéctica entre ese plano abstracto y continuo del techo y ese quebrarse fragmentario y naturalista de los suelos que se adaptan respetuosos al terreno.

La planicie limpia de la arquitectura luminosa en su actitud de severa geometría evita el contacto con aquella otra textura ocre y rugosa de las rocas, deudora más de la sombra que de la luz, separando causas y efectos, y la planta, libre en su inspiración primera, encuentra su camino en la alternancia de cerramientos acristalados y grandes masas de piedras encontradas, tallando los recorridos para una casa que más que encontrar su fuerza en un collage casual de naturaleza y abstracción, interpreta la casa como aquel espacio en que la vida se tensa entre esos dos polos.

Nada me cuesta imaginar a César Ruiz Larrea dibujando, tras el largo camino recorrido, piedras y rocas delante de esa naturaleza que parece reunir viento de nubes rosadas, piedras de fuego y mar y, delante de esos cuatro elementos casi platónicos, pensando lentamente que quizás lo único que hace falta allí es una cubierta tan limpia como un plano para admirarlos, al abrigo del sol y la lluvia.

A realistic representation of nature becomes thus, at the same time, an abstract plane and it is this coexistence between nature and abstraction where the drawing reveals that which ultimately makes up the essence of the own house.

The excentric orbit which Holderlin had literarily outlined in his *Hiperion*, from the mere natural organization to the more or less consummated culture, could well be the reason for the material reflecting which Cesar Ruiz Larrea proposes to us here, when the house spaces go from the closeness with the volcanic rock, lacking shape and geometry and thus lacking thought, to the abstract reticular slab, pure mathematics with almost no support on the floor; from places in the house carefully dug from the rock, protected by that volcanic warmth as a remembrance of the primary cave, to sophisticated bored walls which raise themselves against the wind, so as to frame the landscape; from an *inhabiting* Nature, found almost by tact, to an *aesthetic ownership* of this Nature, more appropriate to a culture of distance.

Nature and artifice thus engage in a dialogue from their extreme ends, finding in their coexistence their own strength, dialectic housed between that abstract and continuing roofing plane and that fragmented and naturalist rupturing of the floors which respectfully adapt to the terrain.

The clean plain of luminous architecture in its severe geometry attitude avoids the contact with that other ochre and rough texture of rocks, indebted to shade rather than to light, separating causes and effects and the plane, free in its first inspiration, finds its way in the alternating of glass-panelled enclosures and large masses of rocks found, chiseling the runs in a house rather than finding its strength in a casual Nature and abstraction collage, interprets the house such as that one space where life is tensioned between those two poles.

It takes no effort for me to imagine Cesar Ruiz Larrea drawing, after the long way made, stones and rocks in front of that Nature which seems to join pink clouds winds, fire and sea rocks, and in front of those four almost platonic elements, slowly thinking that perhaps the only thing needed there is a roofing as clean as a plane to admire those elements, sheltered from the sun and the rain.